

Trabajo de Investigación_Condori_Gutierrez_Marquez

3% Textos sospechosos

< 1% Similitudes

- 0% similitudes entre comillas
- 0% entre las fuentes mencionadas
- 2%** Idiomas no reconocidos
- 8%** Textos potencialmente generados por la IA (ignorado)

Nombre del documento: Trabajo de Investigación_Condori_Gutierrez_Marquez.docx ID del documento: 1e0883428ac33e82759e765d17dbf4689662bcd Tamaño del documento original: 83,76 kB	Depositante: MARIA FERNANDA SAAVEDRA PELAES Fecha de depósito: 6/8/2025 Tipo de carga: interface fecha de fin de análisis: 6/8/2025	Número de palabras: 12.309 Número de caracteres: 77.023
--	--	--

Ubicación de las similitudes en el documento:



Fuentes de similitudes

Fuentes principales detectadas

N°	Descripciones	Similitudes	Ubicaciones	Datos adicionales
1	Documento de otro usuario #8b78e4 Viene de de otro grupo 4 fuentes similares	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (26 palabras)
2	dialnet.unirioja.es https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4619775.pdf 1 fuente similar	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (31 palabras)
3	pz.harvard.edu https://pz.harvard.edu/sites/default/files/2024-11/Pedagogy of Play Spanish Translation Final... 1 fuente similar	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (28 palabras)
4	www.dominiodelasciencias.com https://www.dominiodelasciencias.com/ojs/index.php/es/article/view/3031	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (22 palabras)

Fuentes con similitudes fortuitas

N°	Descripciones	Similitudes	Ubicaciones	Datos adicionales
1	MONOGRAFIA_JUEGO ESPONTANEO.docx MONOGRAFIA_JUEGO ESP... #60af00 Viene de de mi grupo	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (32 palabras)
2	repositorio.ucv.edu.pe https://repositorio.ucv.edu.pe/bitstream/20.500.12692/120879/1/Chipana_GNS-SD.pdf	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (26 palabras)
3	repository.unad.edu.co Agroparlante #38 - Cuarto Simposio Internacional en S... https://repository.unad.edu.co/handle/10596/69812	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (25 palabras)
4	doi.org https://doi.org/https://doi.org/10.15517/revedu.v44i2.40567	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (18 palabras)
5	hdl.handle.net Juegos cooperativos en el desarrollo de las habilidades sociales ... https://hdl.handle.net/20.500.14414/19823	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (19 palabras)

Fuentes mencionadas (sin similitudes detectadas) Estas fuentes han sido citadas en el documento sin encontrar similitudes.

1	https://doi.org/10.5281/zenodo.3820949
2	https://doi.org/10.32719/26312816.2022.5.2.1
3	http://hdl.handle.net/11056/23300
4	https://casel.org/casel-sel-framework-11-2020/
5	https://laesienjuego.com.ar/wp-content/uploads/2020/05/El-juego-en-la-primera-infancia.pdf

Puntos de interés

□ Bienvenidos al Repositorio ITS

LA INFLUENCIA SIGNIFICATIVA DEL JUEGO LIBRE EN EL DESARROLLO SOCIAL DE NIÑOS Y NIÑAS DE 5 AÑOS EN EDUCACIÓN INICIAL

THE SIGNIFICANT INFLUENCE OF FREE PLAY ON THE SOCIAL DEVELOPMENT OF FIVE YEARS OLD CHILDREN IN BEGINNING EDUCATION



zona ignorada

Trabajo de Investigación para optar al Grado Académico de Bachiller en Educación

Autores

Moisés Condori Chañi
0009-0008-2205-8242

Lindy Lisbeth Gutierrez Justo
0009-0001-2507-241X

Rosmery Sara Marquez Eugenio
0009-0001-7055-3714

Asesor

María Fernanda Saavedra Pelaes
0000-0002-5152-693X

Lima,



agosto, 2025
[Captura de informe Compilatio]

DEDICATORIA

Dedico esta monografía, ante todo, a Dios, por permitirme alcanzar este momento clave en mi vida profesional y darme la fortaleza para superar cada obstáculo. A mi familia, mi mayor pilar,



por su amor y apoyo incondicional en este camino.
Moisés Condori Chañi

Dedico este trabajo a las personas que estuvieron conmigo en este recorrido, gracias por el apoyo emocional que me brindaron siempre.
Lindy Lisbeth Gutierrez Justo

Este trabajo monográfico es el complemento perfecto de mi carrera profesional, está dedicado a mi familia, que constantemente me han brindado su apoyo moral y espiritual.
Rosmery Sara Marquez Eugenio

RESUMEN

Este trabajo monográfico se centra en dos aspectos profundamente conectados en la infancia: el juego libre y el desarrollo social. Ambos elementos, esenciales por sí solos, revelan una relación poderosa cuando se observan en conjunto. La premisa del estudio es el juego libre influye de manera significativa en el desarrollo social de los niños de 5 años en educación inicial. A lo largo de la investigación se abordó esta conexión desde una mirada cercana al aula, pero también desde los aportes teóricos de Piaget y Vygotsky, quienes entienden el juego como una vía natural para pensar, simbolizar y, sobre todo, aprender a convivir. La pregunta que guía esta monografía es: ¿Cómo influye el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños de 5 años en educación inicial?



La respuesta surgió no solo de los textos, sino de observar lo cotidiano en la infancia: el juego libre permite a los niños interactuar sin guiones, negociar reglas, ponerse de acuerdo, compartir, y en ese proceso, formar vínculos reales y aprender a ser parte de un grupo. Los resultados revelan que, más allá de una actividad recreativa, el juego libre actúa como puente hacia la empatía, el respeto y la inclusión. Se concluye que su incorporación intencional en el currículo fortalece no solo la convivencia escolar, sino la construcción de una ciudadanía más humana desde los primeros años.

Palabras clave: juego libre, desarrollo social, educación inicial, empatía, convivencia.

ABSTRACT

This monograph focuses on two deeply connected aspects of childhood: free play and social development. Both elements, essential in their own right, reveal a powerful relationship when viewed together. The premise of the study is that free play significantly influences the social development of 5-year-old children in early childhood education. Throughout the research, this connection was approached from a close perspective of the classroom, but also from the theoretical contributions of Piaget and Vygotsky, who understand play as a natural way to think, symbolize, and, above all, learn to live together. The guiding question of this monograph is: How does free play significantly influence the social development of 5-year-old children in early childhood education? The answer emerged not only from the texts, but from observing everyday childhood: free play allows children to interact without scripts, negotiate rules, reach agreements, share, and in the process, form real bonds and learn to be part of a group. The results reveal that, beyond a recreational activity, free play acts as a bridge to empathy, respect, and inclusion. It is concluded that its intentional incorporation into the curriculum strengthens not only school coexistence but also the construction of a more humane citizenship from the earliest years.



Keywords: free play, social development, early childhood education, empathy, coexistence.



- ÍNDICE
- DEDICATORIAii
- RESUMENiii
- ABSTRACTiv
- INTRODUCCIÓN6
- CAPÍTULO I: JUEGO LIBRE9
- 1.1. Definición de juego libre9
- 1.2. Características del juego libre11
- 1.3. Tipos de juego libre12
- 1.4. Importancia del juego libre en la educación inicial14
- CAPÍTULO II:



2. Factores que afectan el desarrollo social de los niños21

2.3. El juego libre y su relación con el desarrollo social23

2.4. La relevancia del juego libre y el desarrollo social en el contexto educativo24

2.5. Impacto del juego libre en la construcción de la identidad social26

CAPÍTULO III: EL JUEGO LIBRE Y SU INFLUENCIA EN EL DESARROLLO SOCIAL29

3.1. El juego libre como herramienta de socialización29

3.2. El juego libre como desarrollo de la comunicación y la resolución de conflictos30

3.3. Construcción de normas y valores a través del juego31

3.4. Impacto del juego libre en la integración social33

CONCLUSIONES36

REFERENCIAS38

INTRODUCCIÓN

El juego marca la infancia de un modo que pocos recuerdos logran eclipsar. Lejos de representar una actividad de ocio, el juego constituye una vía discreta pero significativa hacia el desarrollo emocional y la construcción de comunidad. En el momento en el que un niño se sumerge en el juego, en realidad explora el mundo a su medida, representa diferentes roles, moldeando símbolos y a su vez, practicando formas de convivencia (Moyley, 2021; Piaget, 2000; Vygotsky, 1978).

Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF] (2018), sostiene que, dentro de este extenso panorama del juego, el juego libre resalta de manera única. Este tipo de juego no se rige por instrucciones preestablecidas ni de estructuras rígidas, sino que, nace de un deseo genuino por imaginar y experimentar. En esa libertad, los niños tienen la oportunidad de armar sus propias historias, tomar decisiones, al mismo tiempo que desarrollan sus habilidades sociales sin depender de la vigilancia adulta que impongan sus reglas (Galverly & Guera, 1985).

Los estudios actuales sobre educación infantil reconocen que el juego libre dentro del aula se ha convertido en un recurso pedagógico fundamental. Esta postura se apoya en su habilidad del juego para impulsar la creatividad y la autonomía de los niños, además que fortalece las habilidades sociales básicas como la comunicación clara, resolución de conflictos, la cooperación y asimilación de valores esenciales como la empatía y el respeto (Andrade, 2020; Mardell et al., 2023). En ese sentido, cuando los más pequeños juegan aún sin guía ni reloj no solo cartografían el entorno que los rodea; trazan, por extensión, el mapa de su propia vida en comunidad.

Desde una mirada teórica, Piaget (2000) plantea que el juego simbólico se desarrolla en la etapa preoperacional y permite a los niños representar situaciones sociales y desarrollar la empatía al ponerse en el lugar del otro. Por su parte, Vygotsky (1978) destaca el juego como una vía poderosa de interacción social y adquisición de herramientas culturales que preparan al niño para la vida en comunidad. Con base en estas ideas, esta monografía parte de la premisa del estudio, el juego libre influye de manera



2 zona ignorada

significativa en el desarrollo social de los niños y niñas

de 5 años en educación inicial. Así mismo, surge la pregunta clave que guiará esta investigación: ¿Cómo influye el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños y niñas de 5 años en educación inicial?.

A partir de ello, se plantea el objetivo general que es describir cómo influye el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños y niñas de 5 años en educación inicial y sus tres objetivos específicos que orientan el análisis son: identificar las características del juego libre en niños de 5 años en el nivel inicial, describir los aspectos del desarrollo social que se ven favorecidos por su práctica, y explicar



3 zona ignorada

la relación entre el juego libre y el desarrollo de

habilidades sociales como la cooperación, la empatía y la autorregulación emocional.

En este marco, el estudio busca poner en evidencia cómo este tipo de juego -espontáneo, autónomo y profundamente humano- no solo enriquece la vida emocional y cognitiva de los niños, sino que también se convierte en el escenario ideal para formar vínculos genuinos, desarrollar la convivencia y construir una ciudadanía más empática desde la infancia.

Reflexionar sobre el juego libre no es, ni de lejos, un lujo teórico, por ende, tiene una relevancia teórica ya que es una urgencia silenciosa en muchos espacios educativos donde lo lúdico, lamentablemente, se deja de lado o se sustituye por actividades tan estructuradas que apenas dejan espacio para la imaginación. Esta monografía surge a partir de una práctica que, si bien parece simple, ofrece oportunidades profundas de aprendizaje y desarrollo integral de los niños. En la educación inicial el juego libre se presenta como recurso para que el niño pueda expresar sus emociones, identifique lo que siente, se vincule con los demás y construya su propia forma de entender el mundo (UNICEF, 2018; Moyley, 2021).

Decir que el juego es importante no basta. Por ende, tiene una relevancia pedagógica y práctica, se requiere analizar cómo estamos acompañando a los niños en su desarrollo, cuánto espacio cedemos para que los niños puedan expresarse libremente y de qué manera los escuchamos. Este trabajo no se limita con solo presentar teorías de forma superficial, sino que su intención es transformar las aulas en un espacio donde el juego libre y respetuoso sea parte de una rutina diaria (Mardell et al., 2023; Galverly & Guera, 1985; Andrade, 2020).



4 ve.scielo.org | Desarrollo infantil de 0 a 5 años desde una perspectiva contemporánea y reflexiva

https://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2542-29872024000100022#B3

La Organización



5 zona ignorada

de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

[UNESCO] (2021), menciona que en un contexto donde se suele saturar a los niños de tareas, defender esos momentos espontáneos es garantizar el derecho del niño a imaginar, experimentar y aprender con libertad.

El presente trabajo monográfico se organiza en tres capítulos. En el primero, se indaga en las características del juego libre y su papel fundamental en la educación infantil. La segunda, se centra en el desarrollo social y los factores que lo afectan. Finalmente, en el tercer capítulo, se analiza la relación entre el juego libre y la socialización, considerando la construcción de normas, valores y la integración social en los niños. Desde esa perspectiva se pretende mostrar que el juego no estructurado actúa, en la práctica, como un recurso efectivo para consolidar destrezas sociales y propiciar aprendizajes verdaderamente significativos en los años más tempranos de la vida.

CAPÍTULO I:

JUEGO LIBRE

Definición de juego libre

El juego libre deja a los niños al mando, ellos deciden si saltar, construir o simplemente sentarse a charlar con un amigo que acaban de conocer. No hay horarios controlados ni adultos

marcando pasos; el patio, el salón o la plaza les pertenecen por unos minutos y ellos lo sienten. Esa autonomía deja que surjan las pequeñas obsesiones del momento, como esconder piedras o inventar un lenguaje misterioso, y, de paso, empuja a cada niño a pensar por sí mismo. La libertad, en definitiva, les regala espacio para probar, fallar y probar otra vez sin que nadie les diga cómo o cuándo, y eso, tal y como apunta Moyles (2021), es puro ejercicio de creatividad e independencia.

El jardín de infancia se siente casi siempre como un lugar de juego no porque los adultos lo hayan planificado así, sino porque el juego libre se cuela en la rutina de manera espontánea. Les permite a estos niños la oportunidad de experimentar, relacionarse con sus compañeros y descubrir nuevas formas de adquirir conocimiento. Vygotsky (1978) señaló que el juego es una "zona de desarrollo próximo" porque permite a los niños hacer cosas que, de otro modo, no podrían hacer por sí mismos. Antes de llegar a esa zona, el niño actúa desde lo que ya aprendió. No obstante, en el juego libre se encuentran desafíos nuevos que lo ayudan a superar sus límites. Cuando juega con otros niños nace la necesidad de asumir roles, interactuar o negociar, y de esa manera pone en práctica habilidades que están en pleno proceso de formación gracias al acompañamiento de su entorno social. De esta manera, el juego libre se convierte en un medio esencial a través del cual los niños aprenden a resolver problemas, tomar decisiones e interactuar con los demás (Sánchez et al., 2020).

Según Piaget (2000), el juego adquiere un papel central en la etapa preoperacional, que va desde los dos a los siete años. En esta etapa, el niño desarrolla la capacidad simbólica, es decir, usa elementos de la realidad ya sea objetos, palabras o acciones para representar otras cosas. Esto se observa por ejemplo cuando juega a que una escoba es un caballo o una caja en un auto, mostrando así su habilidad de representar mentalmente situaciones que observa de manera cotidiana. En este contexto el juego libre permite al niño experimentar desde lo simbólico distintas maneras de conductas sociales, asumir roles, y explorar maneras de ver el mundo desde su propia perspectiva. Esta forma de juego también ayuda a expresar emociones, comprender a los demás, entender normas sociales, y desarrollar habilidades sociales. Así, el juego libre no solo contribuye en el desarrollo cognitivo, sino que también se convierte en una herramienta clave para la autorregulación emocional e interacción social desde una temprana edad (Piaget, 2000).

Sin duda el juego libre también es parte fundamental del desarrollo emocional del infante. Al no estar abocados a actividades con estructuras y metas, los niños tienden a aprender a manejar sus emociones, regulándose a sí mismos. Gracias al juego libre, los niños pasan por una gran variedad de emociones y situaciones, tales como alegría y cooperación, competencia y frustración; lo cual les ayuda a comprender tanto sus emociones como las ajenas (Galvery & Guera, 1985).

Un aspecto adicional y fundamental que destacar del juego libre es que ayuda a la construcción de identidad. Al permitir seleccionar los roles dentro de la actividad, el infante empieza a forjar su imagen, así como la forma en que se relacionarán con los demás. A través del juego simbólico, los niños van construyendo conceptos de los diferentes roles sociales que existen: les permite representarse como médicos, maestros y hasta padres, a la vez que les permite entender las normas y los valores de su contexto (Mardell et al., 2023).

El Ministerio de Educación [MINEDU] (2021), considera que el juego libre es un derecho necesario para los niños dentro de la educación infantil, porque contribuye de manera integral a su desarrollo. Los entornos de aprendizaje que fomentan el juego libre con una variedad de materiales y configuraciones adaptables son fundamentales para potenciar la creatividad y la autodirección en los niños (Castro et al., 2020).

Esa movilidad de la acción también remueve la arena social del salón. Sin un adulto al timón, los niños deben compartir, tirar los dados de la negociación, repartir turnos y, a veces, dirimir rencillas por sí mismos; todo eso es práctica de vida en miniatura (Edo et al., 2016). La curiosidad, por cierto, no siempre atiende a los planes de clase. El juego libre carece de metas académicas explícitas, y sin embargo se despliega como un aula portátil que enseña sin sermones (Fajn, 2017). Los pequeños, atrapados en la dinámica lúdica, edifican saberes de un modo que entra por un oído y se queda para siempre en el corazón.

Características del juego libre

El juego libre concede a los niños el derecho de escoger su propio rumbo: qué cosas tocar, a quién invitar y cómo orientar la actividad. Esto sucede en un marco donde no hay presencia de un adulto que dicta reglas fijas ni la presión de un límite de tiempo que indique el fin del juego. Frente a esta ausencia, los niños tienen la oportunidad de relacionarse con su entorno de forma creativa, autónoma e imaginativa (Moyles, 2021). A continuación, se describen algunas características fundamentales.

1.2.1. Espontaneidad

Se presenta como una característica esencial de juego libre. No existen reglas prediseñadas, por lo que los niños deciden cómo se desarrolla la actividad y cómo se relacionan entre sí. Tienen la posibilidad de explorar libremente sus emociones, probar rol tras rol e improvisar soluciones a conflictos sin esperar el visto bueno de un adulto, tal como señalaron Galvery y Guera (1985). Ese espacio momentáneo sin restricciones favorece el desarrollo de la creatividad y fomenta su autonomía.

1.2.2. Autonomía

Fajn (2017), señala que el juego libre estimula el desarrollo infantil, ya que, en ese ambiente, el niño puede asumir el papel que prefiera y realizar acciones como mejor le parezca. Él se guía a sí mismo. Esa libertad favorece al infante en su desarrollo de responsabilidad personal y su habilidad para tomar decisiones, vitales para su crecimiento social y emocional. Además de eso, cuando los niños tienen esta libre voluntad de elección, aprenden a controlar sus emociones y a afrontar diferentes problemas por sí mismos.

1.2.3. Exploración y creatividad

El juego libre se caracteriza porque proporciona a los niños un espacio para la exploración y la creatividad. Al no estar sometidos a marcos rígidos, les permite usar diversos materiales y recursos de manera espontánea, lo que desencadena su imaginación e inventiva. Castro et al. (2020) recordaron que este desahogo creativo se puede aprovechar para que los pequeños inventen respuestas frescas a los problemas que encuentren al vuelo. Esa libertad va más allá de repetir lo que han visto; les deja montar buenas historias desde cero, y ese ejercicio fortalece el cerebro y el corazón al mismo tiempo.

1.2.4. Interacción social

Los momentos de juego espontáneo reúnen a los niños en un espacio donde el dialogar, el discutir y el improvisar se vuelven naturales. Aunque la escena parezca caótica, en su núcleo la cooperación se ensaya en cada elección y en cada desacuerdo. Esto ha sido señalado por Andrade (2020), lo cual ayuda a formar e integrarse en su identidad social como grupo. Además, el juego libre permite a los niños aprender diferentes formas de relacionarse entre sí y cooperar, lo cual es importante para su desarrollo emocional y social.

Tipos de juego libre

El juego libre abarca un universo fascinante de formas y expresiones que, aunque nacen de manera espontánea, están llenas de intención y profundidad. Para los niños y niñas de cinco años, este universo es casi un segundo hogar. Y es que, en esta etapa donde la imaginación vuela sin límites y el cuerpo pide moverse todo el tiempo, el juego se convierte en una herramienta vital para crecer. Papalia et al. (2012) señalan que la infancia temprana es un momento clave para desarrollar capacidades cognitivas, físicas y sociales de forma significativa.



Y el juego libre, con toda su aparente simpleza, cumple un papel esencial: abre la puerta para que los niños exploren su entorno a su ritmo, conecten con los demás y descubran nuevas formas de expresarse y relacionarse.

Además, jugar libremente es como entrar en un laboratorio de emociones, roles y posibilidades. Cada vez que un niño toma una caja y la convierte en un castillo, o corre tras una pelota imaginando que salva al mundo, está creando, ensayando, aprendiendo.

Y lo más bonito es que lo hacen sin que nadie les diga cómo debe ser; ahí está su magia. Dentro de este mundo lúdico, encontramos muchas formas de juego libre: el simbólico, donde inventan historias y personajes; el de construcción, donde levantan mundos con bloques o arena; el motor, que los hace correr, trepar, saltar; el sensorial, que los conecta con texturas, sonidos y olores; y el cooperativo, donde aprenden a compartir y trabajar en equipo. Cada uno de estos juegos deja huellas distintas en su desarrollo cognitivo, emocional, social y físico. Y todas, sin duda, son importantes (Papalia et al.



, 2012).

El juego simbólico, por ejemplo,

es ese donde una escoba se convierte en caballo y una caja en castillo. A los 5 años, es muy frecuente ver a los niños jugar a "la casita", "los doctores" o "el supermercado". Aquí no solo están imitando el mundo adulto: están comprendiendo cómo funciona la sociedad.



Representan roles, negocian reglas, se ponen en el lugar del otro. Esto favorece no solo su creatividad, sino también su empatía y el aprendizaje de normas sociales como compartir, cuidar y respetar (Moyles, 2021; Sánchez et al., 2020).

El juego de construcción aparece cuando los niños comienzan a apilar bloques, diseñar "ciudades" con piezas, o construir una torre solo por el placer de verla crecer y derrumbarse. Este tipo de juego les permite experimentar con ideas abstractas como el equilibrio o la simetría, pero también los enfrenta a retos prácticos, cómo encajar piezas o sostener una estructura inestable.

Además, si lo hacen en grupo, practican el diálogo, la paciencia y la cooperación. En niños de 5 años, por ejemplo, es habitual que trabajen juntos para construir un "zoológico" con bloques de madera y animales de juguete, mientras debaten sobre qué espacio necesita cada especie (Andrade, 2020; Fajn, 2017).

El juego motor o de movimiento se da cuando los niños corren sin rumbo fijo, saltan sobre charcos, giran, trepan al árbol del parque o inventan una carrera con sus amigos. A esta edad, el cuerpo pide acción. Y con cada salto o rodada por el suelo, no solo fortalecen sus músculos: también descargan tensiones, liberan emociones y ganan confianza en lo que su cuerpo

puede hacer. Jugar a “las estatuas”, “el lobo” o “las escondidas” son ejemplos perfectos de cómo los niños de 5 años combinan movimiento, emoción y vínculo con sus pares (Edo et al., 2016; Mardell et al., 2023).

Por otro lado, el juego sensorial es pura exploración. Aquí los niños se conectan con el mundo a través del tacto, el olfato, la vista, el oído y hasta el gusto. Un niño de 5 años puede pasar largos minutos mezclando pintura con las manos, hundiendo los dedos en la arena húmeda o simplemente dejando que el agua corra entre sus dedos.



Estas experiencias no son solo divertidas, sino esenciales para su desarrollo neurológico y emocional.

Además, este tipo de juego les ayuda a autorregularse: muchos niños se calman naturalmente cuando manipulan arcilla o exploran texturas suaves o repetitivas (Huanca, 2008; Galverly & Guera, 1985).

Y luego está el juego cooperativo, ese en el que no hay un ganador, pero sí muchos acuerdos. Es cuando un grupo de niños decide construir juntos una historia, una escena o una misión —como rescatar a un peluche “en peligro”—. Aquí lo importante no es quién tiene el control, sino cómo se relacionan: se escuchan, se turnan, resuelven conflictos, y aprenden a trabajar como un equipo. En estas dinámicas, los niños de 5 años aprenden que sus ideas valen, pero también que hay que ceder a veces para que todos disfruten. Este tipo de juego fortalece los lazos de amistad, el sentido de pertenencia y, sobre todo, el respeto mutuo (Moyles, 2021; Mardell et al., 2023).

Importancia del juego libre en la educación inicial

El juego libre se sostiene como un pilar de la primera infancia, pues mientras enseña también deja espacio para que los niños corran, salten y se equivoquen sin miedo al reloj que siempre parece contar en las aulas formales. En ese profuso caos autoimpuesto, los pequeños experimentan con el espacio, prueban sus límites y, de paso, dan un gran meneo a su propio sentido de identidad. Al no estar obligados a encajar en tareas trazadas por adultos, despliegan la curiosidad, se encaran a problemas de manera improvisada y entienden, muchas veces por ensayo y error, lo que significa tomar decisiones. De ahí que, en la investigación de Ginsburg (2007), la actividad lúdica no sólo promueve el crecimiento integral del niño, sino que se revela como una necesidad biológica y social, un verdadero termómetro del bienestar, la autonomía y la chispa creativa.

Desde la óptica pedagógica, el juego libre permanece entre las intervenciones más eficaces de la educación infantil. A través de la actividad lúdica los pequeños temperan la curiosidad, tocan sin prisa el mundo que los rodea y, casi sin darse cuenta, manejan nociones matemáticas, lingüísticas y científicas. Al carecer de una estructura rígida, esa forma de conocer se vuelve dinámica, entretenida y, por lo general, muy atractiva (Moyles, 2021).

La escena del juego también deja su marca en el plano social. Al girar en torno a las reglas de una partida, los niños practican la cooperación, el reparto y la resolución de pequeños conflictos. Es en esas breves negociaciones donde refuerzan las habilidades que más tarde utilizarán en las relaciones cotidianas. Los juegos de rol o las actividades colectivas, por añadidura, los enseñan a aceptar las normas y a valorar, aunque sólo sea por un instante, las diferencias que cada uno trae consigo (Sánchez et al., 2020; Fajn, 2017).

El juego libre actúa como un laboratorio emocional para los más pequeños. En ese escenario sin guiones, los niños sienten que pueden probar cosas sin riesgo a fallar del todo.



La simple espera por turno, o verse obligados a reformular una idea que no funcionó, los empuja a manejar la frustración en tiempo real.

Cuando encuentran una forma alegre de descargar lo que sienten, fortalecen un músculo interior que, más tarde, los acompañará en situaciones difíciles (Castro et al., 2020; Galverly & Guera, 1985).

El mismo tiempo de juego, reposado o agitado, traduce confianza en movimiento. Correr, trepar y bailar no son caprichos episódicos; son ejercicios que le dicen a los músculos, sigan adelante, todavía hay calles por estrenar. Esa práctica recurrente enriquece tanto las habilidades motoras gruesas como las finas. Además, estar en constante acción se ha visto una y otra vez relacionado con menores índices de problemas de salud a largo plazo (Moyles, 2021; Huanca, 2008).

A los cinco años, los niños y niñas se encuentran en una etapa importante en su desarrollo de sus habilidades motoras. Según Papalia et al. (2012), destacan que en esta fase se observa un crecimiento significativo de sus habilidades motoras gruesas, como correr, saltar, escalar o lanzar objetos, así como las habilidades motoras finas, presentes en acciones como pintar, abotonarse, manipular piezas pequeñas o actividades de precisión. El juego libre se convierte en un espacio ideal para estimular ambas habilidades, mientras que las actividades físicas favorecen la coordinación y el equilibrio, las actividades de precisión favorecen su destreza manual. Estas prácticas fortalecen su autonomía y autoconfianza, también prepara el escenario para actividades futuras como la escritura o dibujo.

El juego libre genera entornos de aprendizaje que suelen sentirse cálidos y acogedores. Las aulas y los patios donde se permite este tipo de práctica son casi siempre más inclusivos, porque invitan a cada niño a participar sin importar sus habilidades o su historia personal. Cuando los pequeños pueden moverse hacia un parque o encontrar en la clase una mesa repleta de bloques y pinturas, el ambiente se carga de pertenencia y de un control que ellos mismos manejan. Esa autonomía inicial, unida a la naturaleza innatamente placentera del juego, termina convirtiéndose en un potente imán para el aprendizaje (Sánchez et al., 2020; Andrade, 2020).

Al final, el juego libre no solo hace que los niños aprendan más; también le da un empujón enorme al bienestar general. Cuando un pequeño juega a su manera, se está cuidando por dentro, aunque a los adultos a veces nos cueste verlo. Esa verdad saltó a la vista durante y después de la pandemia de COVID-19. Varios estudios han señalado que el juego fue un salvavidas para la salud mental infantil en ese momento crítico. Por ejemplo, la investigación de Castillo y Sandoval (2022), mostró que el juego libre redujo de forma clara la ansiedad y el estrés en los más pequeños, al mismo tiempo que fortaleció su resiliencia emocional.

Un informe de UNICEF (2021) revela que, durante el confinamiento, siete de cada diez padres en América Latina señalaron que jugar era la herramienta más efectiva para mantener a sus hijos emocionalmente estables. No es raro: a través del juego, los niños canalizan emociones difíciles, procesan lo que les pasa y, en parte, vuelven a sentirse dueños de una realidad incierta. Poder jugar sin reglas impuestas les regala un refugio emocional, algo clave cuando recién están aprendiendo a moverse por el mundo.

También se han dicho cosas interesantes sobre el juego libre; por ejemplo, Ginsburg (2007) aclara que no es solo una forma de entretenimiento, sino un impulso biológico y social que necesita el ser humano. El mismo autor observa que los niños y niñas que cuentan con tiempo suficiente para jugar a su aire tienden a mostrar una autoestima más alta, motivación interna y vínculos afectivos más sanos. Estas vivencias que parecen sencillas, por tanto, crean un cimiento fuerte que les permite enfrentar futuras adversidades con mayor calma y seguridad emocional.

El capítulo 1 permitió comprender que el juego libre no es una actividad secundaria o “recreativa” en la infancia, sino un pilar central para el desarrollo integral. En particular, para los niños de 5 años, representa un espacio vital en el que pueden ser ellos mismos: imaginar, proponer, equivocarse y volver a intentar sin el temor de una corrección inmediata. Este tipo de juego, por su carácter autónomo y espontáneo, potencia múltiples dimensiones del desarrollo —cognitiva, emocional, motriz y social— en armonía.



A través de ejemplos concretos como el juego simbólico, de construcción o sensorial, se vio cómo cada niño explora el mundo a su ritmo, y desde sus intereses. En un mundo cada vez más estructurado, defender estos momentos lúdicos es también defender el derecho a una infancia libre, creativa y saludable. La verdad es que, cuando se les permite jugar sin imposiciones, los niños no solo se divierten, sino que también se forman como ciudadanos empáticos y conscientes.

CAPÍTULO II:

EL DESARROLLO SOCIAL EN LA PRIMERA INFANCIA

El desarrollo social en la primera infancia es un proceso que capta la atención de muchos investigadores debido a la complejidad que tiene la interacción de los factores biológicos, psicológicos y socioculturales. En este capítulo, se describirá sobre la importancia del desarrollo social en los niños de 5 años resaltando cómo la interacción con sus pares, los adultos y el medio social impacta en su evolución. Igualmente, se pone interés en el impacto que el juego libre, como una de las actividades fundamentales en el sistema educativo, tiene en el desarrollo social en la niñez temprana.

2.1. Definición del desarrollo social en la infancia

Según Huanca (2008), el desarrollo social en la infancia es un proceso en constante transformación en el que los niños acceden a nuevas habilidades y competencias que les permiten

ejercer un rol activo dentro de su contexto. Este proceso incluye elementos como externalizar una o más normas sociales, el aprendizaje de los turnos, compartir, apreciar otros y poder cultivar relaciones interpersonales significativas. También involucra el abordar la empatía que permite a los infantes captar y dar respuestas a emociones o necesidades ajenas, así como la regulación emocional que les permite a los niños controlar sus reacciones emocionales en diversas situaciones sociales.

Este fenómeno es multifacético y tanto factores internos como externos influyen en él. Internamente, el temperamento y personalidad de cada niño son un factor significativo porque algunos niños son más extrovertidos y sociables mientras que otros son más cautelosos y reservados. Externamente, las interacciones con sus pares, padres, maestros y la comunidad sirven como un importante marco de referencia a partir del cual los niños aprenden a operar en diferentes situaciones sociales (Berk, 2013).

A los cinco años, el desarrollo social de los niños se encuentra en un nivel inicial y a la vez en una nueva fase de crecimiento. Empiezan a tener un mejor sentido de la cuestión de su identidad y de la identidad de sus contemporáneos, lo que les permite formar relaciones mucho más ricas con los niños de su edad.

La verdad es que el cuerpo de los niños pequeños es una máquina asombrosa en pleno desarrollo. Según Papalia et al. (2012), conforme maduran las áreas sensoriales y motoras de la corteza cerebral, los niños empiezan a coordinar mejor lo que imaginan con lo que realmente pueden hacer. Es como si de pronto pudieran alcanzar con su cuerpo lo que antes solo soñaban. A esta edad, las habilidades motoras gruesas —como correr, saltar o trepar— florecen con rapidez. Y es que sus huesos se han fortalecido, sus músculos están más firmes y su capacidad pulmonar también ha mejorado, lo que les permite moverse más lejos, más rápido y con más energía.

Ahora bien, no todos se desarrollan al mismo ritmo. La genética juega un papel, claro, pero también lo hace el entorno: un niño que tiene más oportunidades para explorar, practicar y jugar al aire libre irá afinando sus destrezas con mayor seguridad. Aun así, las cifras sorprenden: apenas un 20% de los niños de cuatro años logra lanzar una pelota con precisión, y solo un 30% puede atraparla bien (Papalia et al., 2012). Esto nos recuerda que, por más energía que tengan, la mayoría de los menores de seis años aún no está preparada para deportes organizados. Su desarrollo físico, en realidad, encuentra su mejor aliado en el juego libre, activo, espontáneo, ese que no sigue reglas estrictas ni necesita uniformes.

Y mientras su cuerpo aprende a moverse, su mente empieza a construir ideas —a veces muy rígidas— sobre el mundo que los rodea. Uno de los aspectos más visibles en esta etapa es cómo los estereotipos de género comienzan a tomar forma. Basta con decirles que un juguete “es para el otro sexo” para que lo suelten. No quieren parecer diferentes, no quieren romper “la regla” que, en realidad, nadie les explicó del todo. Entre los cinco y seis años, los pequeños ya manejan un catálogo interno de lo que “debería hacer un niño” o “una niña”. Así, un niño se enfocará en juegos que asocie con lo masculino, y si por curiosidad intenta vestir a una muñeca, lo hará con torpeza y algo de incomodidad, como si estuviera cruzando una línea invisible (Papalia et al., 2012).

Desde la teoría sociocultural, Vygotsky (1978) enfatiza que el desarrollo social no ocurre de forma aislada, sino que surge de la interacción activa entre el niño y su entorno. A través del lenguaje y la colaboración con adultos o compañeros más capaces, los niños no solo aprenden conductas, sino que también valores, emociones, normas sociales que lo ayudan a formar su identidad. Este proceso se conoce también como la zona de desarrollo que explica que el aprendizaje es más efectivo cuando el niño tiene apoyo externo en la realización de tareas que aún no puede lograr solo.

Piaget (2000), con su mirada tan aguda sobre la infancia, planteó que el desarrollo social no ocurre en solitario, sino que camina de la mano del desarrollo cognitivo. En la etapa preoperacional —donde se encuentran la mayoría de los niños de educación inicial— es común que el pensamiento sea bastante egocéntrico. Los pequeños, en este momento, todavía creen que todos ven el mundo como ellos lo ven. Y claro, eso dificulta un poco que logren ponerse en los zapatos del otro. Pero aquí es donde entra en juego la socialización. Al convivir con sus compañeros, se enfrentan a situaciones reales donde tienen que compartir, esperar, ceder, y a veces hasta ceder con una sonrisa. Y eso no es fácil.

La verdad es que cada interacción trae un pequeño reto. Un desacuerdo por un juguete, una diferencia de opinión en medio de un juego de roles, una frustración por no haber sido elegido primero. Todas estas experiencias, lejos de ser un problema, son oportunidades. Porque generan conflictos —sí—, pero de esos que remueven el pensamiento y obligan a los niños a replantearse cosas. ¿Y si mi amigo tiene razón? ¿Y si esta vez le toca a él? Ese ejercicio mental —de revisar lo que creo y adaptarme— alimenta directamente su desarrollo cognitivo.

A lo largo de este proceso, los niños empiezan a desplegar habilidades fundamentales: aprender a colaborar, a negociar con respeto y a resolver conflictos sin pelear. Son destrezas sociales básicas, pero poderosas, que les permitirán formar relaciones duraderas y significativas en el tiempo (Berk, 2013; Moyles, 2021). Además, no solo es que interactúan con otros, sino que comienzan a preguntarse cosas profundas, como qué es justo, qué es equitativo, o por qué es importante tratar bien a los demás. De alguna manera, empiezan a saborear la idea de pertenecer a una comunidad, de que sus acciones importan.

Y es que, como bien señala Goleman (1995) también florece la autoconciencia. Empiezan a notar que tienen emociones, que esas emociones se ven, se sienten, se contagian. Y con eso, poco a poco, se vuelven más responsables de cómo sus palabras o gestos afectan a los otros. Es como si comenzaran a reconocerse en el espejo de los demás. Y ese, sin duda, es un paso enorme en el camino hacia la madurez emocional y social.

El desarrollo social en la primera infancia fomenta el bienestar del niño desde una perspectiva holística y lo prepara positivamente para el futuro. Los niños que poseen habilidades sociales tienen una transición suave hacia el entorno escolar formal, lo que les permite hacer amigos fácilmente, así como manejar los desafíos sociales en la adultez. Además, estos niños se beneficiarán de habilidades sociales efectivas, que junto con el razonamiento lógico mejoran su capacidad para navegar el mundo infantil de manera tranquila y mentalmente estable (Moyles, 2021).

2.2. Factores que afectan el desarrollo social de los niños

El desarrollo de las habilidades sociales del niño requiere la integración de diversos factores intrapersonales e interpersonales, estímulos y características que guían la interacción del niño con los demás, desde la familia hasta la sociedad en general.

En el caso de los factores internos, sobresale el temperamento y la personalidad de cada niño, los cuales modulan su comportamiento en las relaciones sociales. Algunos niños pueden exhibir una actitud extrovertida y estar más abiertos a la socialización, mientras que otros pueden ser más tímidos y optar por interacciones más limitadas y organizadas. Estas variaciones impactan en la manera como los niños reconocen y reaccionan a las emociones y conductas de los otros (Berk, 2013).



Por su parte, los factores externos dan un fundamento a la socialización infantil.

El círculo familiar, escolar y social tiene un impacto ostensible en la medida que los pequeños se enseñan a interactuar con las demás personas. En la familia, la calidad de las relaciones con los padres, los cuidadores y el resto de la familia resulta ser un factor crítico. La falta de comunicación, la ausencia de expresión afectiva y apoyo emocional hace que el menor no mejore en sus condiciones de vida, al contrario, socava su autoestima (Sánchez et al., 2020).

El entorno escolar, tiene un peso enorme en el desarrollo social de los más pequeños. Las aulas de educación inicial se convierten, muchas veces, en ese primer universo donde los niños se enfrentan a un mundo más amplio que su casa. Allí descubren que no todo gira en torno a ellos, que hay otros con ideas distintas, con juguetes distintos, con ritmos distintos. Y es justo ahí, en medio de esos descubrimientos —esperar su turno, compartir un bloque, ceder en una decisión— donde empiezan a moldearse sus habilidades sociales. Lo que puede parecer una simple escena cotidiana, en realidad es una semilla de convivencia. Y cuando la escuela promueve la inclusión, fomenta la cooperación y abre espacios para que los niños expresen lo que piensan, se transforma en un lugar donde florecen aprendizajes que muchas veces el hogar no alcanza a ofrecer (Andrade, 2020).

Además, no hay mejor entrenamiento para vivir en comunidad que esas experiencias compartidas desde los primeros años. Porque sí, en la ronda donde deciden juntos a qué jugar, en la casita construida entre varios o en el turno que uno cede con una sonrisa, pasan cosas grandes, aunque parezcan pequeñas. No es solo juego: es la vida en miniatura. Y es que cuando un niño propone una regla y otro la acepta, cuando surge un conflicto y logran resolverlo hablando y no gritando, están practicando respeto, empatía y diálogo de una forma genuina, sin que nadie les dé una lección. El juego libre cooperativo tiene esa magia: enseña sin imponer, forma sin obligar. Según Fajn (2017) y Mardell et al. (2023), estos momentos vividos en libertad son los que realmente cultivan la escucha activa, el respeto mutuo y la capacidad de convivir. Cada juego compartido, entonces, deja una marca. Una huella que los acompaña más allá del aula, en su forma de mirar, entender y habitar el mundo.

A la luz del marco Colaborativo para el Aprendizaje Académico, Social y Emocional [CASEL] (2020), esas mini-experiencias se encuentran en el núcleo mismo del entrenamiento de las competencias socioemocionales.



El modelo CASEL enumera cinco áreas: autoconocimiento, autorregulación, conciencia social, habilidades relacionales y toma de decisiones responsable. Estas competencias se desarrollan día a día de manera espontánea gracias a la interacción continua, el juego compartido y la convivencia dentro del aula.

El autoconocimiento se manifiesta cuando el niño comienza a comprenderse a sí mismo, reconociendo sus emociones y pensamientos. Esto le permite lograr comunicar lo que siente, expresar sus preferencias y reforzar su autoestima desde temprana edad.

La autorregulación, se refiere al control emocional adecuado de acuerdo a la situación. Se evidencia cuando un niño puede contener su enojo o busca maneras tranquilas para expresar su malestar sin recurrir a conductas inapropiadas.

La conciencia social, se trata de la capacidad de conectar emocionalmente con los demás. Se refleja cuando un niño actúa con amabilidad, reconoce el dolor ajeno o se preocupa por alguien que necesita ayuda.

Las habilidades relacionales permiten al niño interactuar de forma sana con los demás. Se manifiesta cuando el niño dialoga para resolver conflictos, acepta las diferencias o se disculpa luego de un malentendido.



La toma de decisiones responsable se refiere a la habilidad de pensar antes de actuar.

Se desarrolla cuando el niño analiza si está bien o mal, y evita conductas agresivas incluso si no hay un adulto presente.

Promoverlas desde el jardín de infantes no sólo es posible; en realidad, la clase de primeros años es uno de los escenarios más propicios que puede imaginarse. El docente al facilitar sutilmente la interacción entre los niños permite que las habilidades emerjan de forma espontánea y sin ser planificada, a menudo mediante el juego, conversaciones y convivencia en el aula (CASEL, 2020).

De esta manera, una escuela que fomenta el trabajo en equipo reconoce las emociones de los niños y valora el juego libre, contribuye a formar personas íntegras, capaces de convivir, conocerse y decidir desde la empatía. En ese sentido, es la razón de la educación inicial: educar tanto la mente como el corazón.

2.3. El juego libre y su relación con el desarrollo social

El juego libre, al no estar sujeto por reglas impuestas, proporciona a los niños un entorno donde pueden construir relaciones sociales genuinas. En este espacio, los niños aprenden a cooperar, a negociar, turnarse, así como también enfrentan y resuelven conflictos que ellos mismos generan. Esas acciones que toman resultan tan formativas como cualquier actividad didáctica (Moyles, 2021).

A través del juego libre, los niños no solo se divierten, también aprenden a ponerle palabras a lo que sienten y a leer las emociones en el rostro de sus compañeros, en una mirada o en un gesto sutil. Esa especie de "danza emocional", donde unos y otros se sintonizan sin darse cuenta, es lo que va moldeando poco a poco su empatía y su inteligencia social, dos pilares clave para construir relaciones sanas y significativas en el futuro (Sánchez et al., 2020).

La verdad es que basta observar un rato para entenderlo. Pensemos en ese momento en que un grupo de niños improvisa un juego de roles. De pronto, uno toma una bata invisible, otro un lápiz que se convierte en termómetro, y el patio se transforma en una clínica o en una escuela. En ese pequeño escenario inventado, quien hace de doctor no solo repite lo que ha visto, sino que ensaya —con ternura y seriedad— lo que implica cuidar a alguien, estar atento, escuchar sin interrumpir (Berk, 2013). Es en ese tipo de juegos donde la empatía deja de ser un concepto y se vuelve una experiencia viva.

El juego libre exige a los niños a evaluar soluciones inmediatas y plantear alternativas en un entorno sin estructuras fijas. A lo largo de esas actividades, los niños suelen decidir colectivamente qué está permitido y qué no, renegociando las reglas durante el juego. Al enfrentarse a desacuerdos, aprenden a moderar la frustración y a despejar el conflicto sin recurrir a la agresión (Fajn, 2017). Dicha práctica cotidiana, lejos de ser trivial, oxigena su adaptación al salón de clases y les ofrece un capital crucial para navegar la vida pública más adelante.



2.4. La relevancia del juego libre y el desarrollo social en el contexto educativo

Los docentes de educación inicial desempeñan un papel clave cuando se trata de fomentar el juego libre. No basta con abrir el patio y esperar que los niños se diviertan, porque dentro de esos momentos de distracción hay aprendizajes reales que no pueden ignorarse. Un maestro atento no desaparece; permanece, observa, apoya y diseña un entorno donde el descubrimiento depende del impulso de los niños mismos.

Ese tipo de acompañamiento convierte al juego en una plataforma de autonomía, toma de decisiones y desarrollo social dentro de un marco seguro y emocionalmente estable (Moyles, 2021).

Pese a su importancia, en muchas aulas de preescolar el juego libre sigue siendo mirado de reojo. Algunos educadores lo confunden con puro ocio y por eso apenas le dedican tiempo en el horario diario. La situación revela una carencia de formación en el personal y subraya la urgencia de considerar el juego como un derecho, una estrategia didáctica y el lenguaje natural de la infancia (UNICEF, 2018).

La comunidad escolar —entendida aquí como docentes, directivos, familias y personal de apoyo— necesita unirse para avalar el juego libre y desinhibido. Cuando esa alianza se da, la actividad lúdica deja de estar atrapada en un rincón del cronograma y empieza a brotar en los rincones más inesperados de la vida escolar, desde los pasillos hasta el hogar (Fajn, 2017). Un centro que reconfigura el aula para facilitar la exploración de materiales, que forma a sus maestros en educación emocional y que abre sus puertas a los padres en talleres de juego, está eligiendo un camino más humano, democrático y equitativo.

Desde la óptica de la educación socioemocional, el currículo requiere que los niños en la primera infancia aprendan a apreciar la diversidad, ejerzan la empatía, resuelvan conflictos sin agresiones y se involucren en la vida comunitaria. Tales competencias no se asimilan mediante fichas impresas ni en conferencias magistrales; surgen en la rutina cotidiana, y el juego libre se presenta como el medio más eficaz para interiorizarlas. Una revisión del UNICEF (2018) confirma que un entorno educativo que valora el juego espontáneo mejora el bienestar emocional de los menores y los capacita para afrontar con confianza situaciones sociales y culturales heterogéneas.



Hablar del desarrollo social en el contexto educativo es hablar de algo mucho más profundo que solo aprender a compartir un juguete o saludar al llegar. Es, en realidad, un viaje donde los niños descubren cómo convivir con otros, cómo ponerse en los zapatos del compañero, cómo manejar lo que sienten y construir relaciones genuinas con quienes los rodean. Y la verdad es que la escuela, especialmente en la educación inicial, es ese primer escenario fuera del hogar donde todo esto empieza a cobrar vida.

Allí, entre risas, tropiezos y abrazos, los niños se enfrentan por primera vez a nuevas normas, distintas formas de pensar y la necesidad, a veces retardada, de colaborar. En este ambiente, el juego libre no es solo una actividad lúdica más: es un puente emocional y social que une, conecta, transforma. Como bien detallan Mardell et al. (2023), cuando los niños juegan libremente, tienen la oportunidad de negociar con otros, escuchar de verdad, resolver sus propios conflictos y desarrollar una sensibilidad que los hace más empáticos y solidarios. Y es que el desarrollo social y emocional no es un lujo, es una necesidad. Así lo subraya también el modelo CASEL, que identifica estas habilidades como competencias fundamentales que deben cultivarse desde los primeros años, siendo la escuela un lugar clave para ese crecimiento (CASEL, 2020).

Por esa razón, la defensa del juego libre no puede quedar a la buena voluntad de un único docente que diez minutos antes del timbre "da permiso" para que los niños jueguen. La apuesta debe ser colectiva, institucional y comunitaria; cuando toda la comunidad educativa reconoce su valor, asegura que los menores ejerciten su derecho a ser protagonistas del aprendizaje y, de paso, construyan lazos más justos y significativos entre ellos.

2.5. Impacto del juego libre



dialnet.unirioja.es

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4619775.pdf>

en la construcción de la identidad social

El juego libre no solo estimula la creatividad o las habilidades motoras: también es un elemento clave en la construcción de la identidad social

de los niños. A través de la recreación simbólica de roles cotidianos como jugar a ser mamá, maestro, bombero o tendero, los niños exploran su entorno cultural, internalizan valores y comprenden el funcionamiento de las relaciones sociales que los rodean (Mardell et al., 2023). Este tipo de juego simbólico les permite no solo imitar, sino también ensayar formas de ser, pertenecer y actuar en sociedad. Como afirman Galvety y Guerra (1985) el juego, cuando está contextualizado, permite a los niños representar múltiples escenarios sociales que les ayudan a interiorizar normas, costumbres y dinámicas grupales.

En los primeros capítulos de esta monografía se abordó cómo el juego libre, por su carácter espontáneo y flexible, permite a los niños actuar desde su autenticidad. Esa franqueza resulta clave, pues permite averiguar quiénes son frente a los demás y, por ende, cimenta el yo social. Autores como Piaget (2000) y Vygotsky (1978) así lo subrayan sus investigaciones de principio de siglo dan al lúdico un lugar central en el nacimiento del pensamiento simbólico y en la formación de la conciencia colectiva. Mientras que unolo entiende como el sendero que los pequeños recorren para replicar la realidad, otro lo describe como un taller social donde los infantes toman herramientas culturales mediante la conversación.

Goleman (1995), observa que la autoconciencia y la empatía, que son fundamentos de la inteligencia emocional surgen en la infancia, sobre todo cuando los pequeños juegan y se relacionan. En esos momentos lúdicos los chicos comienzan a poner nombre a sus propios sentimientos y al mismo tiempo se fijan en lo que les ocurre a los demás. Esa atención mutua refuerza la empatía y hace la socialización más deliberada. Pongamos el caso de un niño que imita a un maestro: si ve que su alumno de juego se siente triste, la escena le da una pista sobre cómo reaccionar cuando ese mismo estado aparece en la vida real. Esa representación reiterada en el juego le deja ejercicio cerebral para mover los mismos reflejos en la escuela, en casa y en el barrio.

Varios estudios recientes fortalecen la idea de que el juego libre entre pares es más que un pasatiempo. UNICEF apuntó en 2021, que los niños que juegan sin estructuras rígidas forjan identidades más firmes, sienten que pertenecen y, al mismo tiempo, aprenden a negociar, a resolver disputas y a decidir con responsabilidad.



A esto se suma el enfoque de CASEL (2020), que sostiene que las competencias socioemocionales como la conciencia social, las habilidades relacionales y la toma de decisiones, no se enseñan únicamente con instrucciones explícitas, sino que se viven en la práctica diaria, especialmente en contextos lúdicos.

Incluso, según un estudio longitudinal de la Universidad de Cambridge (Mardell et al., 2023), los niños expuestos regularmente a espacios de juego libre bien diseñados mostraron mejor autoestima, mayor reconocimiento de normas sociales y más vínculos sociales positivos en comparación con aquellos que participaron solo en juegos dirigidos.

En esencia, el juego libre aparece como el escenario donde el niño, sin darse cuenta, ubica su lugar en el mundo y en la comunidad.

A lo largo del segundo capítulo, quedó claro que el juego libre va mucho más allá de ser una simple forma de entretener: en realidad, es una escuela viva de socialización. Es en esos momentos espontáneos, donde el adulto no interviene de forma directa, que los niños y niñas de 5 años comienzan a descubrir lo que realmente significa vivir en comunidad. Compartir un espacio, aceptar que el otro piensa diferente, ceder, pedir perdón, volver a intentarlo todo eso ocurre mientras juegan. Y es que, como lo plantea el modelo CASEL, habilidades tan profundas como la empatía, la autorregulación o la toma de decisiones responsables no nacen de la teoría, sino de la experiencia cotidiana, y muchas veces, del juego más libre y genuino. Además, se ha destacado que la comunidad educativa, esa red compuesta por docentes, familias, cuidadores y otros adultos significativos, tiene un papel fundamental: ser guía, ser sostén, ser ejemplo. Cuando se ofrece a los niños un entorno seguro y afectivo, donde pueden expresarse sin miedo y encontrar apoyo en los demás, el juego se convierte en un terreno fértil para construir lazos verdaderos. Así, el juego libre no solo acompaña el desarrollo social: lo impulsa con fuerza, sembrando valores de respeto, inclusión y participación que los pequeños llevarán consigo el resto de sus vidas.

CAPÍTULO III:

EL JUEGO LIBRE Y SU INFLUENCIA EN EL DESARROLLO SOCIAL

Durante los primeros años de educación, el juego libre no es solo una actividad más: es un verdadero pilar en el desarrollo social de los niños.



En esta etapa tan delicada y llena de descubrimientos, los pequeños comienzan a explorar el mundo no solo con sus manos, sino también con el corazón. Al jugar, crean sus propias reglas, ensayan comportamientos, imaginan historias y, sin darse cuenta, entrenan habilidades que los acompañarán toda la vida. La verdad es que cada interacción, por más sencilla que parezca, les enseña algo nuevo sobre cómo convivir con otros. Como bien señala Piaget (2000), el juego es una actividad natural que ayuda a integrar experiencias y a desplegar el pensamiento simbólico, es decir, esa maravillosa capacidad de representar, imaginar y conectar con los demás.

En este capítulo se ha profundizado en cómo el juego libre influye de forma directa en el desarrollo social, destacando su rol en la construcción de vínculos, en la cooperación entre pares, en el manejo espontáneo de los conflictos, y en ese aprendizaje valioso de normas sociales que no se impone, sino que se vive. Porque en cada juego hay una historia compartida, y en cada historia, una oportunidad para crecer en comunidad.

El juego libre como herramienta de socialización

El juego libre ha sido destacado por numerosos especialistas como mucho más que un pasatiempo: es una auténtica escuela de vida para los niños en la etapa inicial. En ese ir y venir de ideas, entre risas, desacuerdos y acuerdos, los pequeños aprenden a convivir de verdad. Y lo hacen sin necesidad de un adulto dirigiendo cada paso. Al jugar sin supervisión constante, desarrollan autonomía, se afirman en su identidad y, sobre todo, descubren que formar parte de un grupo implica escuchar, ceder, proponer, adaptarse (Piaget, 2000). Cada juego improvisado se convierte así en un laboratorio social en miniatura donde las reglas no vienen escritas, sino que se negocian sobre la marcha.

La verdad es que cuando un niño finge ser mamá, papá, maestro o médico, no solo está imitando, está ensayando la vida. Como bien explica Piaget (2000), el juego simbólico les permite a los niños experimentar roles, comprender normas y darle sentido a lo que viven día a día. En ese universo creado por ellos mismos, prueban lo que significa cuidar, resolver, liderar o colaborar. Es ahí donde empieza a florecer la empatía, ese valor tan poderoso que nace cuando uno se pone, aunque sea por un ratito, en los zapatos del otro. Y es que, en el fondo, cada historia inventada durante el juego está tejiendo una red de vínculos reales, donde el respeto, la diferencia y la cooperación se sienten y se viven desde lo cotidiano.

Las actividades de juego no estructurado, por su parte, actúan casi como un pegamento emocional; al compartir espacios abiertos de libre exploración, los niños forjan vínculos que, a menudo, mejoran su autoestima. Moyles (2021) en su investigación el juego en la educación infantil y primaria señala que los estudiantes que participan en actividades de juego no estructurado son capaces de resolver conflictos de manera pacífica porque el juego les permite aprender a dialogar, negociar y considerar otros puntos de vista antes de llegar a una solución. En este contexto, el juego no estructurado favorece el desarrollo de la comunicación y la identidad social positiva.

Por otro lado, la socialización que se da a través del juego libre, no se da solo con los compañeros, sino que encamina la relación de los niños con los adultos y el mundo en general. Vygotsky (1978) sostiene que el aprendizaje y el desarrollo en la niñez se producen dentro de una red de relaciones sociales y mediante el juego que es una actividad que media entre la zona de desarrollo actual y la zona de desarrollo potencial del niño. De esta manera, el juego libre sobre todo fomenta el aprendizaje en conjunto y la flexibilidad ante nuevos retos que son aspectos centrales para la adaptabilidad social en el ámbito educacional y en la familia.

El juego libre como desarrollo de la comunicación y la resolución de conflictos

La mejora en el desarrollo de las habilidades socio comunicativas y la resolución de conflictos derivados de la interacción a través del juego libre, son sin lugar a duda, los aspectos más destacados en cuanto a beneficios. En la interacción, los niños a nivel de grupo deben proponer, discutir y solucionar problemas que surgen de forma natural a lo largo del proceso. Según Moyles (2021), durante el juego libre, un niño no solo se comunica a través de la palabra. También utiliza reglas del lenguaje no verbal como gestos, mímica y movimientos que comunican interminables sentimientos e intenciones.

Bajo la mirada de Piaget (2000), el juego no es la causa directa del aprendizaje, sino que es un escenario en el que el niño atraviesa un proceso donde va reconociendo y diferenciando las normas sociales y comportamientos de su entorno social. En el juego, los niños establecen normas y asumen roles, permitiéndoles aprender a controlar impulsos y respetar a otros. Al mismo tiempo, se están volviendo mejores en argumentar, negociar y escuchar en un diálogo y construir consensos.

El juego no estructurado permite que las personas, en este caso los niños, desarrollen la habilidad de auto gestionar la resolución de un conflicto. Por ejemplo, en el caso dado de dos niños que desean jugar con el mismo objeto, estos deben llegar a una postura de negociación para solucionarlo como el turnarse o compartir. Estas situaciones van contribuyendo al desarrollo del autocontrol en el campo de lo emocional, empatía y autorregulación, que son de vital importancia en el sentido social (Mardell et al. 2023). En este sentido, los niños enseñan a controlar y poner límites a las emociones y el respeto y la cooperación hacia los demás.

De igual modo, el juego libre también debe fomentar el desarrollo de la resiliencia, dado que los niños deben enfrentarse a retos, así como a frustraciones que emanan del juego y encontrar sus propias maneras de superarlas sin el apoyo de un adulto. Vygotsky (1978) menciona que la relación con los pares en actividades lúdicas propicia el aprendizaje sociocultural, puesto que los niños mediante el juego asociado aprenden a construir herramientas para resolver problemas en grupos y mejorar la comunicación interpersonal. Así, el juego libre socializa a los niños, y a la vez, los prepara para enfrentar muchas otras situaciones sociales, escolares, familiares y otras que tienen lugar en su cotidiano.

Construcción de normas y valores a través del juego

El juego libre es fundamental en la creación y aprendizaje de normas y valores en los niños, puesto que se les presenta una oportunidad de aprender en la práctica la importancia del respeto, la igualdad, así como del trabajo en equipo. Como señala Moyles (2021), cuando se organizan en grupos, los pequeños se ven en la necesidad de negociar reglas, hacer una distribución justa como compartir recursos, así como resolver conflictos, los cuales les ayudan a tomar conciencia de la principalidad de los valores éticos, compromiso social, y convivencia.



Estas experiencias tempranas son importantes para la construcción de una base moral sólida, que contribuirá en su comportamiento a lo largo de su vida en diferentes contextos.

Según Piaget (2000), los niños desarrollan una comprensión de las reglas y normas durante las interacciones sociales con sus pares, porque es en estos contextos donde aprenden la importancia de las consecuencias de sus acciones, así como la necesidad de cumplir acuerdos.



No hay duda de que elegir libremente actividades, de forma no estructurada, proporciona una oportunidad perfecta para que los niños aprendan autodisciplina y responsabilidad. Por ejemplo, en el juego de "la tienda", tienen que elegir quién será el vendedor y quién los clientes, establecer precios y determinar cómo funcionará todo. En este proceso, aprenden a respetar los turnos, decir la verdad y trabajar juntos, lo cual es muy importante para vivir en sociedad.

Otra cosa importante es que el juego libre permite a los niños entender que las normas no son reglas impuestas sin sentido. A través del juego, comprenden que, al no cumplir ciertas reglas, el juego puede volverse bastante caótico o perder su esencia. Estas enseñanzas ayudan a que el niño pueda autorregularse y tomar decisiones responsables. Según Vygotsky (1978), la interacción que tiene lugar durante el juego no es solo una oportunidad para aprender, sino también una posibilidad para moldear el pensamiento moral y construir la ética en los niños.



La educación inicial contribuye de distinto modo al desarrollo del menor, en torno a un valor concreto, como lo es el cuidado, a través del juego.

Resulta indispensable la existencia de entornos en los que los infantes puedan realizar decisiones de manera libre en un contexto lúdico y rico (UNESCO, 2021).

Para que esto sea posible, los educadores deben controlar situaciones de juegos en los que los menores tengan la oportunidad de crear sus propias soluciones y edificaciones sin necesidad de alteraciones externas.

Los adultos no necesitan fracturar las normas de juego, solo pueden facilitar el ejercicio de negociación y reflexión en términos de cómo es necesario respetar el periodo acordado de juego (Moyles, 2021; Mardell et al., 2023; UNICEF, 2018).

Impacto del juego libre en la integración social

El juego libre no solo estimula el desarrollo de habilidades individuales, sino que también integra socialmente a los niños dentro de su comunidad. Como señalan Mardell et al. (2023), los niños socializan en la máxima interacción entre ellos a través del juego, y esto les permite mejorar sus relaciones interpersonales, desarrollar un sentido de comunidad y aprender valores muy importantes para la convivencia, puesto que estos valores mejoran las relaciones sociales. Tales experiencias lúdicas potencian la capacidad de cooperar, el respeto mutuo y la colaboración, que son importantes en la vida de cada ciudadano.

UNICEF (2018) lo expresó con claridad: el juego durante la infancia no es solo un momento de alegría, sino una de las herramientas más poderosas para promover la inclusión social en el aula. Y es que, cuando los niños juegan, se relacionan desde una lógica distinta. No importa si vienen de diferentes familias, si su ropa es distinta o si hablan con acento. En ese universo lúdico que ellos mismos construyen, todos tienen cabida. El juego libre, en este sentido, actúa como un verdadero puente que borra etiquetas y conecta a los niños desde lo que son, no desde lo que tienen. Así, comienzan a ensayar, casi sin notarlo, lo que significa aceptar la diversidad y ponerse en el lugar del otro: una especie de primer paso hacia la empatía real.

Además, cuando los niños juegan en un entorno donde no hay un adulto marcando cada movimiento, ese espacio se transforma en algo más íntimo: un refugio. Es ahí donde se sienten seguros para decir lo que piensan, mostrar lo que sienten y actuar con libertad. Andrade (2020) resalta justamente ese punto: la autonomía dentro del juego libre tiene un efecto directo en su autoestima y en la confianza que construyen al relacionarse con otros. No se trata de dejar a los niños solos, sino de permitir que ellos se guíen, se escuchen y se confronten entre iguales. Y en ese intercambio, en esa retroalimentación constante que solo los compañeros pueden ofrecer, van descubriendo qué les sale bien, qué les cuesta, y cómo mejorar.

La verdad es que muchos de los conflictos que surgen en medio del juego, como querer el mismo juguete o no ponerse de acuerdo sobre las reglas, se convierten en oportunidades doradas para aprender. Aprenden a dialogar, a negociar, a ceder. Y todo eso sin que nadie les dicte qué hacer. Como bien señala Andrade (2020) este tipo de experiencias fortalecen sus habilidades sociales y les dan herramientas para resolver problemas por sí solos, habilidades que no solo usan en el aula, sino también en casa, en el parque o en cualquier otro entorno donde tengan que convivir.

La integración social que surge del juego libre va más allá del entorno escolar e incluye otros espacios comunitarios como parques, centros recreativos y hogares.



La oportunidad de interactuar y jugar con diferentes grupos de niños en varios entornos mejora su adaptabilidad y les ayuda a desarrollar habilidades sociales más diversas. Vygotsky (1978) afirmaba que el aprendizaje social ocurre con más éxito cuando los niños están activamente involucrados en interacciones relevantes con sus compañeros. Por esta razón, el juego libre sirve como una importante ayuda a estos procesos porque los niños aprenden unos de otros mientras fomentan amistades que se construyen sobre el respeto y la colaboración.

El juego libre, más que una actividad divertida, puede convertirse en una herramienta estratégica en manos de los educadores. No se trata solo de “dejar jugar”, sino de crear las condiciones para que ese juego florezca. Por eso, cuando los docentes preparan espacios ricos en materiales, variados y accesibles, están abriendo la puerta a que los niños exploren lo que realmente les interesa. Y eso, aunque parezca simple, es lo que va fortaleciendo los lazos entre ellos, ayudándolos a formar un verdadero grupo, una comunidad dentro del aula.

Además, cuando se proponen juegos cooperativos, como construir algo en equipo, cuidar un rincón del aula o armar una historia entre todos, se está enseñando algo que ningún libro transmite igual: cómo ser solidarios, cómo trabajar juntos y cómo resolver conflictos sin pelear.

Este capítulo final ha sido, en cierto modo, un cierre con broche de oro. Aquí se reafirma una idea que atravesó todo el recorrido: el juego libre no es un lujo ni un entretenimiento pasajero. Es un terreno fértil donde germinan las habilidades sociales que acompañarán a los niños durante toda su vida. A lo largo de estas páginas, vimos cómo mejora la comunicación, cómo ayuda a resolver diferencias sin violencia, cómo fortalece la cooperación y cómo, casi sin darnos cuenta, enseña normas y valores esenciales. Y es que todo esto no pasa en teoría: pasa cuando dos niños se turnan para usar un juguete, cuando acuerdan reglas para jugar a la casita, o cuando consuelan a un compañero que se siente triste. También se ha puesto énfasis en el rol del adulto. Porque acompañar no es lo mismo que dirigir. Y acompañar bien implica observar, confiar y dar espacio. Reconocer el valor pedagógico de cada juego espontáneo es dar un paso hacia una educación más humana, más conectada con las necesidades reales de la infancia. Así, el juego libre se revela como una verdadera escuela de vida. No se trata solo de pasar el tiempo, sino de aprender, de verdad, a convivir. Y cuando eso sucede, el aula se convierte en algo mucho más grande: un reflejo del tipo de sociedad que soñamos, una que abraza la inclusión, la democracia y la calidez humana desde los primeros años.

CONCLUSIONES

En el mundo de la educación inicial, el juego libre no es un simple pasatiempo: es una necesidad vital. Es en esos momentos, cuando no hay adultos dirigiendo cada paso, que los niños se muestran tal como son. Juegan, exploran, se ríen, se frustran y aprenden a convivir. Y es que, cuando el juego fluye sin restricciones, los pequeños comienzan a construir su manera de relacionarse con los demás. Se ejercita la comunicación, nace la cooperación, y cada pequeño desacuerdo se convierte en una oportunidad para aprender a resolver conflictos. En ese entorno libre, se van incorporando de forma natural valores y normas que favorecen la integración grupal y refuerzan el sentido de identidad.

La verdad es que cuando los adultos permiten que el juego surja de forma espontánea, sucede algo maravilloso. Los niños encuentran el espacio ideal para regular sus emociones y expresarlas sin miedo. Se dicen lo que sienten, intercambian ideas, negocian reglas, aprenden a ceder y a tomar decisiones. En lugar de respuestas prefabricadas, lo que surge es confianza. Confianza en sí mismos, en sus capacidades, en su voz. Esta autonomía se refleja en cómo se relacionan con sus compañeros: con más empatía, con respeto y con asertividad.

A lo largo de esta monografía se constata que el juego libre no solo acompaña el desarrollo social de los niños de 5 años: lo impulsa con fuerza. Y lo hace de forma honesta, sin imposiciones. Cuando los niños juegan, realmente juegan, están creando puentes entre ellos. Se miran, se entienden, se cuidan. En esas interacciones espontáneas, van aprendiendo a compartir ideas, a manejar sus emociones, a convivir con quienes piensan distinto. Esto responde directamente a la pregunta de investigación y da sentido a la premisa de este trabajo: que el juego libre, lejos de ser una actividad secundaria, es una pieza clave en la construcción social durante la primera infancia.

Además, este tipo de juego no solo entretiene: forma. Forma en valores, en normas, en habilidades sociales que duran toda la vida. En ese ir y venir de roles, decisiones y conflictos cotidianos,



zona ignorada

los niños aprenden a ponerse en el lugar del otro,

a autorregularse, a tomar decisiones de manera más consciente. Ya sea en la escuela, en casa o en la comunidad, esos aprendizajes les permiten moverse con autonomía y seguridad. Por eso, el juego libre es mucho más que un recurso educativo: es una puerta de entrada a una ciudadanía más empática, reflexiva y solidaria.

El juego libre no tiene una sola forma.



Puede ser simbólico, sensorial, de movimiento, de construcción,

en solitario o en grupo. Y cada una de estas formas abre nuevas posibilidades para crecer, para vincularse y para construir identidad. Pero, claro, todo eso solo sucede si el adulto sabe acompañar. No como quien manda, sino como quien observa, facilita, sostiene y confía. Porque el adulto que sabe cuándo intervenir y cuándo callar es aquel que realmente promueve el desarrollo social a través del juego.

Reconocer el valor del juego libre nos invita como educadores, familias y sociedad a revisar nuestras prácticas. Porque no basta con decir que “el juego es importante”. Hay que vivirlo como tal. Eso implica dar tiempo, espacio y condiciones reales para que el juego surja, sin interrupciones innecesarias ni metas impuestas desde la mirada adulta. Cuando esto sucede, no solo estamos cumpliendo con los derechos del niño, sino que también estamos apostando por una educación más humana. Una educación que ve en el juego libre no una pérdida de tiempo, sino una forma profunda y auténtica de aprender a vivir en comunidad.

REFERENCIAS



zona ignorada

Andrade, A. (2020). El juego y su importancia cultural en el aprendizaje de los niños en educación inicial. *Revista Ciencia e Investigación*,



zona ignorada

5(2),

132 - 149. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3820949>

Berk, L. E. (2013). *Desarrollo infantil* (9.ª ed.). Boston, MA: Pearson.

Castillo, I., y Sandoval, C. (2022).



zona ignorada

Influencia de la pandemia en la interacción y juego de los niños de educación

inicial. *Revista Andina De Educación*, 5(2). <https://doi.org/10.32719/26312816.2022.5.2.1>

Castro, M., Castillo, R. y Ramírez, P. (2020). El juego en la primera infancia. Universidad Nacional de Costa Rica. <http://hdl.handle.net/11056/23300>

CASEL. (2020). The CASEL Framework. Collaborative for Academic, Social, and Emotional Learning. <https://casel.org/casel-sel-framework-11-2020/>

Edo,



M., Blanch, S. y Anton, M. (2016). *El juego en la primera infancia*.

España: Octaedro. <https://laesienjuego.com.ar/wp-content/uploads/2020/05/El-juego-en-la-primera-infancia.pdf>

Fajín, S. (2017). *Jugar en la primera infancia: proyectos institucionales en contextos diversos*. Buenos Aires: Novedades Educativas. <https://content.e-bookshelf.de/media/reading/L-16059459-1f435b4247.pdf>



Galverly, C. y Guera, A. (1985). *El juego infantil* (4ª ed.). Morata.



zona ignorada

Ginsburg, K.

R. (2007).

The importance of play in promoting healthy child development and maintaining strong parent-child bonds.

Pediatrics, 119(1),

182-191. <https://doi.org/10.1542/peds.2006-2697>



zona ignorada

Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence*:

Why it can matter more than IQ. Bantam Books.

<https://donainfo.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/09/emotional-intelligence-daniel-goleman.pdf>

Huanca, D. (2008).



Desarrollo social en niños. *Revista Peruana De Pediatría*,

61(2), 133-138. <https://doi.org/10.61651/rped.2008v61n2p133-138>



zona ignorada

Mardell, B., Ryan, J., Krechevsky, M., Baker, M., Schulz, S. y Liu, Y. (2023). Una pedagogía del juego: Apoyar el aprendizaje lúdico en las aulas y los colegios.

Cambridge: Proyecto Zero. https://pz.harvard.edu/sites/default/files/2024-11/Pedagogy%20of%20Play%20Spanish%20Translation%20Final_Jan%202024.pdf

Ministerio de Educación (2021). La hora del juego libre en los sectores. <https://hdl.handle.net/20.500.12799/4904>

Moyles, J. (2021). El juego en la educación infantil y primaria (3 ed.). Madrid: Morata. https://edmorata.es/wp-content/uploads/2022/01/MOYLES.-El-juego-en-EI-y-EP_prw.pdf

Papalia, D., Duskin, R. y Martorell, G. (2012). *Desarrollo humano* (12 ed.). McGraw-Hill. <https://psicologoseducativosgeneracion20172021.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/08/papalia-feldman-desarrollo-humano-12a-ed2.pdf>

Piaget, J. (2000).



zona ignorada

La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. *Imagen*

y representación. (14.ª ed.). Fondo de Cultura Económica.

Sánchez, J., Castillo, S. y



hdl.handle.net | Ludo histórico y la competencia construye interpretaciones históricas en estudiantes del nivel secundario de la institución educativa Fortunato L. Herre...

<http://hdl.handle.net/20.500.12918/9799>

Hernández, B.



zona ignorada

(2020). El juego como representación del signo en niños y niñas preescolares: un enfoque sociocultural. *Revista Educación*, 44(2),

313-328. <https://doi.org/10.15517/revedu.v44i2.40567>

UNESCO. (2021).

17

zona ignorada

El Niño y el juego: planteamientos teóricos y aplicaciones pedagógicas. Estudios y Documentos de Educación,

Nueva serie. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000134047_spa

UNICEF. (2018). Aprendizaje a través del juego. New York: UNICEF. <https://www.unicef.org/sites/default/files/2019-01/UNICEF-Lego-Foundation-Aprendizaje-a-traves-del-juego.pdf>
UNICEF.

18

zona ignorada

(2021). Importancia del desarrollo de habilidades transferibles en América Latina y el Caribe. Documento de discusión.



Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

<https://www.unicef.org/lac/media/21536/file/El-juego-importa-UNICEF.pdf>

19

zona ignorada

Vygotsky, L. S.

(1978). *Mind in Society;*

Development of Higher Psychological Processes (M. Cole, V. Jolm-Steiner, S. Scribner, & E. Souberman, Eds.). Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvjf9vz4>